

Conde de Toreno

HISTORIA DEL LEVANTAMIENTO,
GUERRA Y REVOLUCIÓN DE ESPAÑA

estudio preliminar de Richard Hocquellat

SUMARIO

RELATO, REPRESENTACIÓN E HISTORIA	
por Richard Hocquellet	IX
Nuestra edición	CXXXIX
<i>HISTORIA DEL LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCIÓN DE ESPAÑA</i>	
por el conde de Toreno	3
Apéndices	1187
Índices	1319

INTRODUCCIÓN

UNA TRAYECTORIA EN EL CENTRO Y A DISTANCIA DE LOS ACONTECIMIENTOS

Quizá una de las maneras más acertadas de resumir el destino de José María Queipo de Llano sería resaltar que viene formado por una serie de alternancias.

Alternancias, primero, en su trayectoria vital: heredero de un preclaro linaje asturiano, el de los condes de Toreno, de cuyo padre heredó el cargo de Alférez Mayor del Principado, pasó la mayor parte de su vida no sólo lejos de Asturias sino también de España, y murió en París, la ciudad que le acogió durante más de 20 años entre 1814 y 1843.

Alternancias, después, entre sus diferentes lugares políticos: observador, participante comprometido, narrador de los acontecimientos, responsable al más alto nivel de los asuntos del Estado, retirado de dichos asuntos, amigo fiel de sus compañeros de exilio a los que ayudó con su hacienda, preservada a pesar de sus múltiples estancias en el extranjero.

Alternancias, también, en la consideración que suscitó entre sus contemporáneos: más frecuentemente atacado que apoyado, en su trayectoria se mezclan reconocimientos brillantes con rechazos profundos que marcan repetidos exilios. Al principio, le acompañó la estima que inspira un joven patriota entusiasta, lo que le permitió ser elegido representante de Asturias en las Cortes extraordinarias pese a no haber cumplido los 25 años preceptivos; luego, alcanzó el fervor popular, manifestado en los aplausos que recibía de las tribunas de la asamblea gaditana; más tarde, experimentó la inquina, mostrada cuando decidió salir de España antes de concluir el Trienio liberal; finalmente, obtuvo el reconocimiento, a raíz de la publicación de su libro sobre la guerra

de la Independencia, junto al odio tenaz de algunos políticos que le acusaron de corrupción.

Tras esta alternancia de luces y sombras, hoy se halla de nuevo en la luz, y no —al menos en nuestro caso— por la algo frívola afición a las conmemoraciones, sino por el interés que desde hace algún tiempo despierta su obra al análisis historiográfico, con vistas al estudio de la construcción de la imagen colectiva de la guerra de Independencia en España.

El libro que escribió Toreno no ha necesitado de conmemoraciones porque nunca ha dejado de ser leído, citado, cada vez más convertido en referencia, siguiendo esa extraña fortuna de los clásicos cuya mención ya no implica su lectura, sino que se cita lo que han citado aquellos que le han citado, como si por impregnación formara parte de la cultura básica de cualquier individuo confrontado, voluntariamente o sin quererlo, con el período estudiado en ese libro mítico.

Si, como decimos, la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España* es un libro que no necesitaba ser exhumado, sí precisaba de una edición crítica a la altura del actual nivel historiográfico. Y en esta nueva edición era de rigor realizar una reflexión preliminar acerca de cómo el libro ha llegado a convertirse en un auténtico monumento memorial. A lo largo del presente estudio, procuraré proponer pistas que ayuden a explicarlo.

Si, para comenzar, fuese necesario justificar el orden adoptado al llevar a cabo la tarea, no me costaría esfuerzo defender el capítulo primero dedicado a la vida de Toreno: «Toreno, el hombre». No como una biografía resumida en unas cuantas páginas, no como si el itinerario del individuo constituyera el fundamento de su obra, sino porque esta obra en particular fue escrita por este hombre.

Leyéndola, no podemos olvidar que leemos las palabras escritas por él con su pluma, las letras por él trazadas (y, en ocasiones, dirigidas expresamente a un lector al que tampoco podemos olvidar). Además, Toreno no es solamente el oscuro redactor de la obra que nos ocupa, es también un protagonista destacado del período que estudia y más aún de los períodos ulteriores, un hombre de Estado cuyo compromiso es tan intenso que sus posturas le conducen a ocupar los más altos cargos en España y a exiliarse a Francia y a Inglaterra.

Redactó la mayor parte de la *Historia* a lo largo de estos exilios, y este dato biográfico nos obliga a reflexionar sobre cómo escribió la historia, no sólo desde la perspectiva de una crítica interna (sus métodos, sus fuentes) sino para entender que fue escrita a distancia de su país y a distancia de su

recuerdo. Los encuentros, las lecturas, las interrogaciones y las dificultades o comodidades del alejamiento geográfico y cronológico contribuyeron a configurar la especificidad de ese determinado conjunto de palabras que Toreno decidió conservar, entre 1827 y 1837, para confiarlo a la imprenta.

Denigrado por algunos de los más influyentes oradores y actores políticos de la época de la regencia de María Cristina por su gestión de los asuntos del Estado, a Toreno se le estima, felicita y reconoce por su obra historiográfica. Tal acogida del libro no pudo dejar de halagar al autor, pero le condicionó a escribir lo que los lectores deseaban leer y lo que el autor quería que leyesen de su presente a través de los relatos del pasado. Hay que considerar este tema con cautela pero también con determinación, ya que el examen de conciencia de Toreno se trasluce claramente en las páginas que dedica a las Cortes de Cádiz. De modo más profundo, otras páginas pueden entenderse como animadas por su idea y su visión de España.

Como en un gran revoltijo están presentes todas las regiones, los nombres de los jefes militares, las acciones heroicas de ambos bandos, las gestas de seres anónimos y célebres, los éxitos, los honores, los sufrimientos, las adversidades, los perdones y las traiciones (muchas veces explicadas). Se cuenta todo, buscando con ello una especie de consenso, por así decir. En buena parte se logró, como demuestra el hecho de que los testigos de la época se contentaron con críticas puntuales basadas en su propio recuerdo desde su concreto punto de observación. Pero no pudieron sino inclinarse ante la magnitud de la obra, porque —también de eso se trata— allí se presentaban 2.600 páginas (en la primera edición) elegantes de forma y rigurosas de contenido que desmenuzaban el desarrollo de todas las batallas y la evolución de todos los debates. Por ello, hubieron de pasar más de veinte años hasta que otros historiadores reescribieran el conjunto de los acontecimientos; y cuando lo hicieron, retomaron lo dicho por Toreno, que ya se iba convirtiendo en la Vulgata de la guerra de la Independencia.

Llegamos así al último tema. El libro de Toreno pasó de ser un estudio sobre el período, a ser una fuente para el estudio del período. Y hoy es el paradigma dominante, empezando por el título (en el que no aparece, sintomáticamente, la expresión “guerra de la Independencia”). Toreno, al establecer una relación estrecha entre el levantamiento (patriótico, popular), la guerra (la guerrilla, los ingleses, los portugueses, las fuerzas regulares españolas) y la revolución (la Junta Central, las Cortes de Cádiz), propone una síntesis de los años 1808-1814 en la que cada uno halla, en función de su objetivo político e historiográfico, materia para defender su determinado punto de vista sobre España.

Volver a fundar sobre nuevas bases la obra de Toreno pronto dejó de ser posible, y la evolución de la historiografía se orientó más hacia la búsqueda de elementos ausentes en su trabajo que hacia su recomposición global. Toreno quedó intocable en su forma, como un monumento; envejecido, es cierto, pero no tan decrepito como se podría imaginar tras ciento setenta años de existencia, conservando intacta su autoridad científica y moral y, más aún, su poder de seducción.